

PADRE NUESTRO: CARTA PASTORAL SOBRE DIOS PADRE

DE LOS OBISPOS DE GUATEMALA A TODO EL PUEBLO DE DIOS A NUESTRO CUIDADO Y A CUANTOS BUSCAN A DIOS

CONTENIDO

Introducción

I. LOS ROSTROS DE DIOS EN EL PUEBLO GUATEMALTECO

Dios siempre cercano

Dios Padre, dador de vida

Dios Padre providente con entrañas maternas

La huella de Dios y la oscuridad de Dios

El testimonio de los creyentes

Falsas ideas sobre Dios

Dificultades para hablar hoy de Dios como Padre

El mal

El secularismo y la crítica a la idea de Dios

El machismo

Incoherencia de los creyentes

II. EL HIJO NOS REVELA AL PADRE

Cristo, imagen de Dios invisible

El Hijo del Padre

El Padre se comunica por el Hijo

El Padre envió a su Hijo al mundo

El Padre de Jesús es misericordioso

El Padre ama a los pecadores, a los enfermos, a los pequeños

Dios es amor

El Padre de Jesús es santo

La santidad de Dios

La santidad de Dios para nosotros es exigencia ética

El Padre invita a hombres y mujeres a vivir la vida de Dios

El castigo y el juicio de Dios

El Padre de Jesús es providente y guía la historia humana

La providencia del Padre

El reino de Dios

El Señor de la historia

El Padre de Jesús es creador del mundo

El mundo como don gratuito de Dios

Un mundo limitado y finito

Los humanos, imagen de Dios

El Padre ha constituido a su Hijo como cabeza de la creación

III: HIJOS DEL PADRE AL SERVICIO DE SU REINO

Llamada a la reconciliación

Los espacios de la reconciliación

El ámbito de la persona

El ámbito de la comunidad política

El ámbito de los pueblos y comunidades

El ámbito de la familia

El ámbito de lo religioso

Llamada a la solidaridad

Llamada a la unidad

Llamada a la esperanza

Conclusión

**PADRE NUESTRO:
CARTA PASTORAL SOBRE DIOS PADRE
DE LOS OBISPOS DE GUATEMALA
A TODO EL PUEBLO DE DIOS A NUESTRO CUIDADO
Y A CUANTOS BUSCAN A DIOS**

Introducción

Queridos hermanos y hermanas:

1. **"Padre nuestro"** es, sin duda alguna, la expresión más bella, más consoladora y, al mismo tiempo, más comprometedora, que puede brotar del corazón humano. Al pronunciar estas palabras, en efecto, expresamos lo más grande de la revelación de Cristo y nos referimos al que es fuente y origen de nuestra existencia.

En este último año del trienio de preparación al Jubileo del año 2000, los Obispos de Guatemala queremos ofrecer, en esta Carta Pastoral, una reflexión de fe, con el fin de compartir con todo el pueblo de Dios que peregrina en Guatemala y con cuantos buscan sinceramente la verdad, nuestra comprensión y conocimiento de Dios. Él es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien todos nosotros somos hermanos y hermanas y también hijos e hijas de Dios. Él es a la vez fundamento y sentido de toda nuestra historia. Al confiarles a ustedes este mensaje, pedimos a Dios su ayuda y su luz para expresar con verdad y sencillez lo que profesamos en el Credo: "Creo en Dios Padre".

Hablar de Dios no es tarea fácil. No porque Dios esté distante o se esconda de nosotros, sino porque con esa palabra, Dios, las personas entienden realidades diversas. Esta tarea se hace todavía más difícil porque vivimos en situación de rivalidad religiosa, de modo que la fe en el mismo Dios, en vez de unirnos, nos enfrenta y divide. Estos hechos hieren los sentimientos de quienes buscan el verdadero rostro de Dios.

Por eso, si queremos hablar y profundizar en actitud de fe y oración en el conocimiento de Dios y Padre, tendremos que adoptar una actitud humilde para que nuestra profesión de fe en Dios no se vuelva un medio para faltarle el respeto a quien no piensa como nosotros. Debemos ser humildes porque sabemos que nuestras palabras, aunque están pronunciadas por quienes somos sucesores de los apóstoles, son frágiles y limitadas. Debemos ser también humildes para discernir la presencia de Dios en aquellas ocasiones y situaciones en las que Él manifiesta su amor y protección en nuestra vida, aun cuando sufrimos. Sobre todo debemos volver a escuchar a Jesús, porque sólo llevados de su mano podremos conocer a Dios.

Al saludarlos con nuestro corazón de pastores, les invitamos a leer, meditar y compartir estas convicciones que nos fortalecen y deben animar nuestro camino como Pueblo de Dios y reafirmar nuestro testimonio como Iglesia, siempre disponible a anunciar y realizar entre nosotros las exigencias del Reino de Dios.

Esperamos que esta carta sea un estímulo que nos dé confianza para conocer y amar a Dios

que se nos manifiesta a través de sus acciones en nuestra historia; que aprendamos a llamarlo Padre con la misma convicción de Jesús, para que nuestra oración sea más confiada y nuestra fe más sincera; que podamos expresar en nuestra vida personal y comunitaria la fraternidad que nace de nuestra relación con Dios Padre y proseguir el proceso de reconciliación después de los años de conflicto que hemos vivido; que aprendamos a optar por la vida, con mayor calidad humana, en justicia, y al mismo tiempo, en paz, e incrementemos nuestra solidaridad para que disminuya la pobreza inhumana en que vive la mayoría de guatemaltecos.

I. LOS ROSTROS DE DIOS EN EL PUEBLO GUATEMALTECO

Dios siempre cercano

2. El pueblo de Dios tiene una sentida y profunda experiencia de Dios. En diversas actitudes individuales, familiares, sociales y religiosas, el pueblo vive y manifiesta su creencia, confianza y amor a Dios. En esta primera parte de la carta pastoral deseamos exponer el sentir popular sobre Dios Padre.

Ante todo, el pueblo sabe que Dios nos ama con amor gratuito, que escucha nuestros gritos y lamentos, que perdona nuestros pecados, que camina a nuestro lado, que nos salva y fortalece. En su corazón entramos todos, con nuestros sufrimientos, necesidades y dolencias. Sin embargo, ocupan un lugar de preferencia y conmueven su corazón los pobres, los excluidos, los que no cuentan, los que son marginados por un sistema inhumano de producción y distribución de los bienes de la creación, que Él hizo para todos.

Reconocemos agradecidos que este Dios cercano camina con nosotros, es solidario con nuestros sufrimientos y dificultades y es fiel a sus promesas de vida. El se deja encontrar y se revela en nuestra historia, ha sido el amparo de nuestras vidas en los largos años de violencia. Es Él quien hoy alimenta nuestra esperanza de poder construir una Guatemala mejor, más humana, más fraterna y más justa. Todos buscamos a Dios de diferentes maneras, pero son los humildes quienes lo descubren como Padre de los pobres: su mirada materna resplandece sobre quienes lo buscan con sincero corazón.

Dios Padre, dador de vida

3. Este Dios a quien amamos, al que oramos constantemente como punto de referencia fundamental en nuestra vida, que nos busca y perdona antes que nosotros se lo pidamos, es un Dios de vivos y no de muertos. Así lo experimentamos nosotros, como el Dios de la vida, que es nuestro Padre y cada día nos bendice con sus dones.

Especialmente en la creación, en la riqueza de vida de la naturaleza, es transparente para nosotros la sabiduría y bondad del Creador. Dios está presente en el mundo que Él ha creado. En Él se nos manifiesta como Dios de vida. Con toda razón los pueblos mayas se relacionan con gran respeto con toda la creación y se sienten en comunión con Dios a través de ella, especialmente a través de la tierra que consideran santa y madre.

También las realidades de cada día nos llevan a Dios reconocido como Padre. Crecemos

invocando al Padre; somos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En nuestras casas hay signos e imágenes que nos recuerdan a Dios. Las tradiciones y las fiestas nos recuerdan a Dios: la Navidad y la Semana Santa, las fiestas comunitarias nos remiten a Dios a lo largo del ciclo anual. En todos estos acontecimientos celebramos la presencia de Dios con múltiples signos y detalles: con flores, arcos, candelas, incienso, alfombras, procesiones, cantos, símbolos, gestos, que indican nuestro respeto, el que nos enseñaron nuestros mayores, la alabanza y la adoración al Dios de la vida, Padre tierno y rico en misericordia (cf. Lc 6,36; Ef 2,4).

Dios Padre providente con entrañas maternas

4. Muchas veces, descubrimos a Dios en el secreto del corazón y en la plegaria silenciosa, hecha de rodillas en montañas, valles, iglesias, en nuestras propias casas, junto a los ríos o contemplando la naturaleza como don de Dios. Nuestros sufrimientos nos acercan a Dios, a quien no pocas veces le preguntamos: ¿por qué estos sufrimientos? A Él nos dirigimos con lágrimas en los ojos o con la alegría en el rostro agradecido, pero siempre con un corazón lleno de fe. Estos hechos nos muestran que nuestra historia, de cada día, cuando se vive en la verdad de Dios, es historia de salvación. Cada cual sabe cómo aprendió a gustar y expresar su oración filial a Dios.

Cuando nos referimos a Dios lo sentimos como alguien que nos da seguridad, como un Padre cuyo abrazo nos libera del miedo y nos indica el camino. Al mismo tiempo lo percibimos como alguien que nos asegura la vida con un amor sin condiciones, porque tiene entrañas de madre, es refugio y ternura. No nos sentimos solos, porque Él, Dios Padre lleno de misericordia y rico en bondad, nos cuida y nos consuela como una madre (cf. Is 66,13).

De esta manera experimentan muchas veces a Dios los enfermos, las personas solas, marginadas, despreciadas, o que no tienen otro a quien referirse. Él es hogar, fuego, corazón, madre y padre, hermano y amigo. Así lo experimentaron tantos guatemaltecos que sufrieron la violencia, los que se vieron obligados a buscar amparo, quienes se refugiaron bajo la montaña, o anduvieron desplazados y sin seguridad. Dios fue para ellos puerto, arca de salvación, padre solidario y madre providente.

Reconocemos que es grande la responsabilidad y el compromiso de las familias, de los padres cristianos. De su modo de vivir y orar los hijos aprenden a mirar y escuchar al Padre, que está en los cielos, que está en la tierra, que nos ofrece la vida como una madre. Las experiencias felices de familia nos predisponen a recibir por las palabras de la fe la certeza de tener un Dios que se nos muestra como Padre, como Madre, a quien debemos todo. Es un Padre que exige y que recompensa, una Madre que corrige y que alienta.

La huella de Dios y la oscuridad de Dios

El testimonio de los creyentes

5. El testimonio de hombres y mujeres que encuentran en Dios la fuerza para hacer frente al sufrimiento y al dolor es un signo de Dios en nuestro tiempo. La capacidad de resistencia y

de lucha por el bien que tiene el pueblo de Guatemala, especialmente los sectores más empobrecidos, su amor a la vida y su deseo de dignidad encuentra su vigor y su fuerza en Dios. De Dios procede la alegría que nos causó la firma de la paz, porque puso fin a tantos años de sufrimiento, aunque todavía nos quede muchísimo por hacer para que la paz sea real. La paz que viene de Dios nos pide una creciente sensibilidad y respeto a los derechos de cada persona, sin distinciones.

Es alentador constatar que todavía conservamos reservas grandes de solidaridad, que manifestamos en la vida diaria y en los momentos de calamidades, en el protagonismo de las mujeres que quieren colaborar al mejoramiento de la sociedad y de la Iglesia y en el despertar de los jóvenes miramos seguros la mano de Dios que nos conduce a la vida. En la incipiente y reciente valoración de la riqueza de la diversidad cultural y humana del pueblo de Guatemala y en los diferentes esfuerzos por afianzar las identidades étnicas descubrimos la invitación de Dios a caminar hacia una sociedad tolerante, reconciliada y capaz de crecer con el aporte de todos.

Estas actitudes y esfuerzos manifiestan la huella de Dios, que deja la impronta de su presencia en nuestra historia. Son hechos que sanan y conducen a una vida más humana. Por eso, son signos de Dios que hace que el bien supere al mal y que la vida sea más fuerte que la muerte.

Falsas ideas sobre Dios

6. Para muchos, Dios es tan evidente como el aire que respiramos. Sin embargo, también encontramos a personas que se resisten gravemente contra Dios, y que incluso llegan a decir "no hay Dios" (Sal 14, 1; 53, 2).

El poder, las ambiciones, las riquezas, la degeneración moral nos ocultan el verdadero rostro de Dios. Hoy, como antiguamente, sucumbimos a la tentación de querer ser como Dios (Gn 3,4). Pretendemos el poder de Dios sin su misericordia, su sabiduría sin su bondad, su grandeza sin su compasión, su justicia sin su perdón, su santidad sin su amor. Tenemos la tentación de apropiarnos de Dios, de hacer de la religión un instrumento al servicio de nuestros propósitos y nuestros intereses. Hubo quienes hasta justificaron la violencia y la muerte en nombre de Dios. Las más grandes injusticias que generan la pobreza y la discriminación en nuestra sociedad son propiciadas por personas que dicen creer en Dios. Esta es nuestra actual tendencia a la idolatría, lo que más combatieron antiguamente los profetas de Israel: una religión al servicio del atropello y la injusticia, frente a la cual los profetas fueron testigos de que conocer a Dios implica actuar con justicia respetando el derecho del prójimo (cf. Jr 22, 13-16).

7. Otra de las grandes tentaciones que encontramos en nuestra sociedad es la pretensión de algunos de querer manipular a Dios como si fuéramos dueños de su poder, pretendiendo que dé soluciones milagrosas a problemas que debemos resolver con nuestro esfuerzo y la inteligencia que Dios mismo nos dio. El recurso al milagro ocioso y la actitud mágica hacia la vida son formas de evadir las responsabilidades humanas que Dios mismo ha designado como nuestra tarea.

Dios Padre quiere con toda su fuerza el crecimiento de la vida, pero es mayor que nosotros, es misterio no manipulable, es un Dios que respeta nuestra libertad y exige nuestra responsabilidad. Nosotros somos hijos e hijas de Dios; esa es nuestra gran dignidad, y conforme a esta dignidad de hijos e hijas de un mismo Padre, tenemos que vivir, actuar, relacionarnos con los demás, servir a la sociedad. Es tarea nuestra crear relaciones fundadas en valores éticos, que muestren que quien así actúa es un verdadero hijo de Dios.

Dificultades para hablar hoy de Dios como Padre

El mal

8. La experiencia del mal, el sufrimiento del inocente y la realidad de la muerte ponen a prueba la firmeza de nuestra fe y despiertan la duda. Son realidades nunca resueltas satisfactoriamente; nos amenazan y angustian, y por momentos nos acercan a la experiencia de Job o a la del mismo Jesús, que en la cruz llegó a exclamar: "Padre, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34). Para muchas personas este silencio se hace humanamente insoportable.

Sin ser ateos, muchos se preguntan: si existe Dios, ¿por qué existe el mal? ¿Por qué el mal arremete con furia sobre el inocente y el justo, y de tal manera, que lo hace aparecer como persona sobre la que ha caído alguna maldición de Dios? ¿Por qué tiene el mal tantos nombres y expresiones concretas y golpea despiadadamente sobre todo a los más pobres, tanto, que ahoga en lágrimas de desconsuelo cualquier esperanza? ¿Nos castiga Dios con las desgracias que sufrimos? Y entonces, ¿en dónde queda su bondad? Estas y otras, no son sólo preguntas. Son también gritos de angustia. La duda nos humilla y la muerte nos atemoriza.

Ciertamente fuera de Jesús la respuesta se hace difícil. En Él reconocemos que las adversidades que sufrimos se deben más a nuestra limitación que a una voluntad expresa de Dios, y que el daño que a veces causamos al prójimo se debe a nuestra injusticia más que al designio de Dios.

El secularismo y la crítica a la idea de Dios

9. Otra de las grandes objeciones, frecuente entre las personas del mundo académico y de las grandes ciudades modernas, procede de la crítica a la que la filosofía, la psicología y la sociología han sometido la idea de Dios. La organización de la vida moderna al margen de toda referencia a Dios crea un estilo de vida, en donde pareciera que Dios ya no hace falta, de modo que las personas viven efectivamente sin referencia a Dios, mientras que un vacío enorme les entristece el espíritu, vacío que pretende ser aliviado o sustituido con el ruido, la diversión, la evasión, por el alcohol y las drogas, por el placer sin freno y la codicia desmedida.

Se dice que la idea de Dios es el resultado de nuestros deseos insatisfechos y de los conflictos infantiles no resueltos, de modo que las personas deben crearse una idea de Dios, que sea para ellos como un padre que los proteja en su inmadurez. Otros opinan que la idea

de Dios sería una creación de los poderosos que de este modo podrían mantener oprimidos a los pobres. Los pobres se dejarían explotar y oprimir sabiendo que hay un Dios que los ama y que al final les dará en el cielo la recompensa que nunca consiguieron en la tierra. Otros, por fin, dicen que la idea de Dios tiene por objeto mantener una moral individualista e interesada con el fin de mantener privilegios sociales.

Pero a decir verdad, si algunos persisten en esas ideas tergiversadas de Dios, el Dios en quien nosotros creemos, que es el Dios que nos mostró Jesús, más bien nos invita a la madurez y a la libertad personal, nos exige la solidaridad con el pobre para que deje de ser pobre y nos pone unas exigencias morales que no buscan la preservación de privilegios, sino el compromiso por la justicia, el derecho y la verdad con todos.

El machismo

10. En nuestra sociedad tan marcada por el machismo y por una historia de ambiciones que ha marginado tanto a la mujer-madre, el "padre" no pocas veces sigue representando las pretensiones de la ambición, el poder, el autoritarismo y la opresión, justificadas a veces con un falso sentido religioso. Al mismo tiempo comprobamos sociológicamente que la familia está marcada muchas veces por la ausencia del padre. Su irresponsabilidad y el maltrato ejercido contra su esposa y madre de sus propios hijos operan negativamente a la hora de recuperar una imagen de Dios que nos lo presente como un verdadero Padre.

Esta realidad nos sigue presentando graves cuestionamientos: ¿Cómo anunciar a Dios, Padre de ternura, de amor y misericordia, en el mundo de niños y jóvenes que nacieron y crecieron tan ajenos a ese ideal, o que fueron abusados sexualmente o explotados económicamente desde su tierna infancia?

Incoherencia de los creyentes

11. También dificulta mucho la experiencia del encuentro con Dios, dador de vida, el constante escándalo de la incoherencia de los que decimos creer en Dios. Si somos tantos los cristianos que nos consideramos hijos e hijas de Dios, y, por tanto, hermanos de todos, ¿por qué persisten entre nosotros tantas violencias y odios? ¿Por qué no desterramos la corrupción y el fraude? ¿Por qué se mantienen la discriminación y el racismo? ¿Por qué no termina la injusticia? ¿Podemos rehuir, siendo creyentes, cualquiera que sea nuestra confesión, estas preguntas, que no son sólo el grito de los más pobres, sino el mismo reclamo de Dios? Nuestra respuesta de conversión habrá de indicar el nivel o grado de crecimiento de nuestra fe en Dios, a quien llamamos Padre.

Al concluir esta presentación de la experiencia de Dios en nuestro pueblo, nos quedan preguntas que debemos contestar, desfiguraciones que es necesario rectificar, dudas que debemos resolver. Por eso debemos pasar a una exposición de carácter más doctrinal y teológico, en la que recordaremos y profundizaremos lo que todo católico conoce desde que aprende el catecismo.

II. EL HIJO NOS REVELA AL PADRE

12. En esta segunda parte queremos recordar cuál es el verdadero rostro de Dios. Para conocerlo, debemos recurrir a la Palabra de Dios, y sobre todo al testimonio de Jesús, que es la imagen de Dios invisible. Él nos mostrará cómo es y cómo actúa Dios, el Padre de todos.

Cristo, imagen de Dios invisible

El Hijo del Padre

13. Según el evangelista san Juan, durante la cena en la que Jesús se despidió de sus discípulos, uno de ellos, Felipe, le pidió: "Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta" (Jn 14, 8). Jesús había dicho que iba a la casa del Padre, en donde prepararía una morada para sus discípulos. Felipe cree que quizá sea posible anticipar algo de la felicidad del cielo con sólo ver ahora al Padre. Por eso dice que basta con que Jesús les muestre, aunque sea una vez, al Padre. Pero Jesús da una respuesta a primera vista desconcertante: "Llevo tanto tiempo con ustedes, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre" (14, 9). Si de ver a Dios con ojos humanos se trata, la imagen visible de Dios es Jesús. La respuesta es audaz y expresa la novedad del cristianismo: Dios se ha hecho parte de la historia humana y de la humanidad misma por medio de Jesús. Según la fe cristiana no hay acceso perfecto a Dios al margen de Jesús ni hay conocimiento completo de Dios que prescindiera de Jesús. El mismo Jesús iluminó esta relación tan estrecha entre él y Dios con la relación de padre e hijo. El mismo evangelista san Juan, al inicio de su obra lo afirmó claramente: "A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer" (1,18). Dios es Padre en cuanto invisible e inaccesible; Jesús es Hijo en cuanto expresión visible e histórica de Dios.

14. En una ocasión Jesús, lleno del Espíritu Santo, se alegró de esa misión suya de ser el mediador del conocimiento de Dios, y prorrumpió en alabanzas al Padre: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Lc 10,21-22). Estas palabras de Jesús nos enseñan cómo oraba y alababa a Dios llamándolo Padre. Jesús hablaba arameo. Incluso se nos conserva la palabra aramea que usaba Jesús para llamar a Dios. San Marcos describe la oración de Jesús en el huerto, antes de su pasión (14,36). En ella Jesús se dirige a Dios llamándolo "Abba". Esa es la palabra que usaban los niños arameos para llamar a sus papás, y equivale a todas esas formas familiares y cariñosas con las que llamamos a nuestros padres terrenos: papá, tata, tat. Con esta forma de tratar a Dios, Jesús, que es verdadero hombre, daba a entender que él tiene una relación peculiar y única con Dios. Jesús es el Hijo de Dios, y comparte con el Padre la condición divina. Él es también de la misma naturaleza del Padre, decimos en el Credo. Por eso es el único capaz de darlo a conocer a los humanos. Así como las personas decimos quiénes somos con nuestras palabras, Dios tiene desde siempre una Palabra eterna como Él, con la que se manifiesta y se revela. Cuando quiso darse a conocer plenamente, esa Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros en la persona de Jesús, el Hijo de Dios (Jn 1,14).

El Padre se comunica por el Hijo

15. Jesús nos revela a Dios cercano, deseoso de comunicarse, de compartir su vida. Nuestro Dios no permanece distante en el cielo inalcanzable, sino que se inclina para hablarnos en nuestro lenguaje y a nuestra medida, hasta decirse a sí mismo como uno de nosotros en el Hijo. La historia de Dios con la humanidad es una historia de comunicación. "Muchas veces y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros antepasados por medio de los profetas, ahora en este momento final nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo" (Hb 1, 1-2). Esto quiere decir que si bien el conocimiento cabal de Dios lo tenemos por Jesús, Dios no estaba en silencio antes de Jesús. Dios se comunicaba de muchos modos. Al antiguo pueblo de Israel por medio de los profetas, a la humanidad en general por medio de la creación. "En las generaciones pasadas, él permitió que cada pueblo siguiera su propio camino; aunque no dejó de darse a conocer por sus beneficios, enviándoles desde el cielo lluvias y temporadas fructíferas, y llenando de alimento y alegría sus corazones" (Hc 14, 16-17). Por eso afirmamos que a los antiguos pueblos mayas también Dios les habló por medio de los bienes de la creación, la fecundidad de la tierra, la bendición del agua, la alegría de la vida, aunque el conocimiento adecuado de Dios llegó a su plenitud por medio de Jesús. Es más, la palabra de Dios por medio de los profetas a Israel y la palabra de Dios a todos los demás pueblos por medio de la creación encuentran su origen y su plenitud en Jesús. "Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Todo lo ha creado Dios por él y para él" (Col 1, 16).

El Padre envió a su Hijo al mundo

16. "Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo Único, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Esta afirmación del evangelista san Juan nos ayuda a comprender que toda la vida de Jesús, el Hijo de Dios, es expresión del amor de Dios y tiene como propósito la salvación de todas las personas que crean en él. Jesús corresponde a ese designio amoroso de Dios ofreciendo toda su vida como un acto de obediencia al Padre. Al entrar al mundo, el Hijo de Dios asume su condición humana para hacer la voluntad del Padre, y sustituir con su obediencia hasta la muerte en la cruz, los sacrificios de la Antigua Alianza (cf. Hb 10, 5-10). Igualmente, cuando Jesús a los doce años, se quedó en el Templo de Jerusalén, explicó a su Madre su comportamiento afirmando que él debía ocuparse de las cosas de su Padre (Lc 2,49). Al final de su vida, cuando ya el discípulo traidor había decidido entregarlo, Jesús se retiró a orar, y entregó en total obediencia su vida a Dios: "Padre, si quieres, aparta de mí esta prueba, que no se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42). Su obediencia y su humildad lo condujeron hasta la muerte, hasta la muerte ignominiosa en la cruz; por eso el Padre lo exaltó en su resurrección y le concedió honra y honor, el "Nombre que está sobre todo nombre" (Flp 2, 5-11)

El misterio pascual de Cristo, es decir, su muerte por nuestros pecados y su resurrección para nuestra justificación (Rm 4,24), es expresión del amor del Padre que nos otorga el perdón de los pecados y nos da la vida eterna. El Padre reconoce en la sangre derramada de su Hijo el testimonio de la obediencia, del amor, de la confianza de Jesús. Es la sangre de la

alianza nueva para el perdón de los pecados (cf. Hb 10.12-18; Mt 26, 27-28). A esa sangre los cristianos nos unimos con nuestra propia obediencia, coherencia de vida y por la participación en la eucaristía. El Padre, al resucitar a Jesús, lo reconoce en su dignidad de Hijo y lo constituye sacerdote que intercede por nosotros ante Él en el santuario del cielo (cf. Hb 9, 24). Nosotros también anticipamos esa vida nueva con nuestro propio bautismo, que es ruptura con el pecado, para vivir una vida recta en la esperanza de nuestra propia resurrección (Rm 6, 3-5).

El Padre de Jesús es misericordioso

El Padre ama a los pecadores, a los enfermos, a los pequeños

17. Para descubrir y conocer cómo es el Padre, debemos ver, igualmente, cómo actúa Jesús en su nombre. Ante todo, el evangelio destaca la actitud misericordiosa y compasiva de Jesús hacia los pecadores, hacia los enfermos, hacia los pequeños, hacia los marginados y despreciados. Con frecuencia, el evangelio dice que Jesús se "conmovió". La palabra indica una emoción intensa, como la que siente una madre en sus entrañas ante la desgracia de los hijos. Así Jesús se conmueve ante el leproso que le pide quedar limpio (Mc 1,41), ante la multitud que lo busca para escuchar su palabra (Mc 6, 34), ante el gentío que lo sigue por varios días y pasa hambre (Mc 8, 2). Pero Jesús atribuye en sus parábolas ese mismo sentimiento de conmoción misericordiosa al personaje que representa a Dios: Así el señor a quien su siervo le debe una suma enorme, siente conmoción ante la súplica de una dilación del pago, y le perdona la deuda (Mt 18, 27); y el padre, cuyo hijo se había ido de casa, pero regresaba arrepentido, se conmueve al verlo llegar y lo acoge lleno de alegría (Lc 15,20). Con estas dos parábolas Jesús revela la actitud de Dios que se compadece del pecador arrepentido y perdona sus pecados. El himno que canta la Virgen María con ocasión de la visita a Isabel, y el que canta Zacarías, con motivo del nacimiento de su hijo Juan, celebran a Dios como el misericordioso. "Su misericordia es eterna con aquellos que le honran" dice María. Y Zacarías confirma que el próximo nacimiento del Mesías es fruto de la misericordia de Dios: "Por la misericordia entrañable de nuestro Dios, nos visitará un sol que nace de lo alto" (Lc 1, 50. 78).

Dios es amor

18. El amor y la misericordia de Dios son el único móvil de sus acciones a favor nuestro. "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Así explica el evangelista san Juan la venida de Jesús al mundo. San Pablo, por su parte, entiende la muerte de Jesús como expresión de ese mismo amor: "Dios nos ha mostrado su amor ya que cuando aún éramos pecadores Cristo murió por nosotros" (Rm 5, 8). De este modo la vida entera de Jesús, desde su nacimiento hasta su muerte, es expresión del amor de Dios. El amor del Hijo que nos salva revela el amor del Padre. Es más, la salvación que Dios ofrece a los hombres no se origina en alguna necesidad o carencia de Dios, sino únicamente en su amor gratuito y generoso. Por eso, el apóstol san Juan se atreve a decir que todo amor tiene su origen en Dios y que el amor nos pone en comunión con Dios: "Amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1Jn 4, 7-8). En efecto ese era un rasgo por el que

Dios ya era conocido por el antiguo pueblo de Israel. Cuando Moisés le explica al pueblo de Israel por qué ha obtenido la liberación de Egipto, le advierte que no se debe a que fuera un pueblo numeroso, aguerrido o rico. "El Señor se fijó en ustedes y los eligió, no porque fueran más numerosos que los demás pueblos, pues son el más pequeño de todos, sino por el amor que les tiene" (Dt 7, 7-8).

Dos veces cita Jesús en el evangelio de san Mateo el texto de Oseas 6, 6, que describe a Dios como aquel que quiere misericordia, más que el cumplimiento preciso de la pureza ritual (Mt 9, 13; 12,7). En un caso se refiere a su participación en una comida con pecadores, en el otro a su compasión para los que tienen hambre y por eso no observan el sábado. Jesús podría haber citado numerosos textos de salmos en los que los pecadores recurren confiados a Dios en busca de perdón: "Desde lo más profundo clamo a ti, Señor: ¡Señor mío, escucha mi voz! ¡Estén tus oídos atentos a mi voz suplicante! Si tienes en cuenta las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero en ti se encuentra el perdón, por eso te respetamos" (Salmo 130, 1-4). En una ocasión, Moisés, con una audacia sin igual, le pidió a Dios que le mostrara su rostro. Dios le advirtió que eso no era posible; sin embargo, Moisés podría ver las espaldas de Dios (Ex 33, 23). Es decir, ni siquiera Moisés podría ver a Dios directamente, eso estaba reservado al Hijo de Dios, pero Moisés podría ver el paso de Dios, en el efecto benéfico de su presencia. Y cuando Dios pasó dijo de sí mismo: "El Señor, el Señor, un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel; que mantiene su amor eternamente, que soporta la iniquidad, la maldad y el pecado; pero que no los deja impunes, sino que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación" (Ex 34, 6-7). Esta frase final es desconcertante y exige una explicación que daremos adelante; pero de inmediato podemos constatar que mientras el amor de Dios dura eternamente, su castigo se limita a tres o cuatro generaciones.

19. Resumamos en una frase lo que hemos dicho: el Padre de Jesús, que es el Dios de Israel, tiene un corazón misericordioso, clemente y bueno con los pequeños, con los enfermos y con los pecadores. Por eso Jesús nos pide a nosotros ser también misericordiosos con nuestros hermanos, como lo es su Padre con nosotros (Lc 6,36) La expresión más generosa de la misericordia humana es el perdón a quien nos ha ofendido como Dios nos ha perdonado a nosotros mismos (Lc 17, 3-4; Mt 6, 14-15).

El Padre de Jesús es santo

La santidad de Dios

20. Jesús revela también la santidad de Dios su Padre. La escena más gráfica del celo de Jesús por la santidad de Dios es el relato de la expulsión de los mercaderes del Templo. Cuando Jesús llega a Jerusalén, se dirige a la Casa de Dios, y encuentra incompatible la santidad del lugar con el comercio que allí se realiza, para el que no encuentra justificación ni siquiera por el hecho de que ese comercio pretendía facilitar la realización del culto (Mc 11, 15-17; Jn 2, 13-13). Jesús explica el sentido de su enojo contra los mercaderes por medio de la frase: "Mi casa es casa de oración, pero ustedes la han convertido en cueva de ladrones" (Mt 21, 13).

Dios es santo. Eso quiere decir que no se confunde con el mundo que Él ha creado, que es más grande que todo lo que existe, que tiene una autoridad y una libertad tal, que no es posible que el hombre lo manipule y lo ponga a su servicio. La prohibición de hacer imágenes del Padre Dios (Ex 20,4-6) encuentra su razón de ser en la santidad intocable de Dios, cuya presencia no puede ser coaccionada a un lugar, cuyo poder no puede ser instrumentalizado a los fines de una persona o un grupo, cuya grandeza no puede ser confinada a un objeto. La única representación corporal adecuada de Dios es la persona de Jesús. Por eso sí está permitido hacer imágenes de Jesús. La metáfora más frecuente para hablar de la santidad de Dios es la de la luz. "Dios es luz y no hay en él oscuridad alguna" (1Jn 1,5). Así como la luz del sol desvanece toda oscuridad, y las tinieblas no pueden hacerle frente a la luz, así la santidad de Dios rechaza toda maldad, todo pecado, toda perversidad. Ciertamente la santidad de Dios se hace condescendiente por su amor; pero el amor de Dios es igualmente exigente por su santidad. Gracias a la santidad de Dios, su amor no significa indiferencia o impotencia ante la maldad, sino llamada a la justicia y a la rectitud.

La santidad de Dios para nosotros es exigencia ética

21. Jesús también revela la santidad de Dios. Con ocasión de la pesca milagrosa, Pedro reacciona ante la presencia de Dios en Jesús reconociéndose pecador y pidiéndole a Jesús que se retire de él (Lc 5, 8). Si la santidad de Dios es luz, el pecado humano es tiniebla. La luz y la tiniebla no son compatibles, la luz deshace la tiniebla. Por eso con frecuencia los hombres reaccionan con temor por su vida cuando de repente se encuentran en la presencia de Dios. El profeta Isaías tiene una visión de Dios en el Templo. Los querubines, en la visión, proclaman precisamente la santidad de Dios. El profeta aterrado grita: "¡Ay de mí, estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros, que habito en un pueblo de labios impuros, y he visto con mis propios ojos al Rey y Señor todopoderoso (Is 6, 1-5).

La santidad de Dios exige de los suyos la rectitud ética. "Sean santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo" (Lv 19, 2) exige Dios al proclamar sus mandamientos. "Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48) corrobora Jesús al terminar de enseñar las exigencias éticas de los discípulos, que los habilita para entrar en el Reino de Dios. Esto quiere decir que, aunque la santidad de Dios es incompatible con el pecado humano, Dios no quiere simplemente la destrucción del pecador, sino que se convierta y que viva (Ez 18,23). Dios no desea encerrarse y alejarse de los hombres y la creación encerrándose en su propia santidad, su amor hace que Dios quiera más bien comunicar su santidad a los hombres, pero ese deseo de amor se transforma en exigencia ética.

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto Dios le propuso una alianza: Israel sería el pueblo de Dios y el Señor sería el Dios de Israel. Pero la condición sería la observancia de los Diez Mandamientos, así se convertirían en "una nación santa" (Ex 19, 4-6). Desde entonces las relaciones del Pueblo de Dios con su Señor estuvieron marcadas por la calidad ética de la respuesta. Los profetas sobre todo censuraron la pretensión de dar culto a Dios sin que hubiera un compromiso de justicia y respeto del derecho. "Cuando extienden las manos para orar, aparto mi vista -dice Dios-; aunque hagan muchas oraciones, no las escucho, pues tienen las manos manchadas de sangre. Lávense, purifíquense; aparten de mi vista sus malas acciones. Dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien. Busquen el

derecho, protejan al oprimido, socorran al huérfano, defiendan a la viuda. Luego vengan y discutamos -dice el Señor-. Aunque sus pecados sean rojos como la púrpura, quedarán como lana blanca" (Is 1, 15-18). Se podrían citar otros muchos textos del Antiguo Testamento del mismo tenor (Is 29, 13-14; Am 5, 21-27; Sal 50, 9-13), pero nos basta con hacer una referencia a Jesús. "No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! Entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 5, 21). La exigencia ética como expresión de la santidad se realiza en nuestra condición de hijos consagrados a Dios.

El Padre invita a hombres y mujeres a vivir la vida de Dios

22. El antiguo pueblo de Dios no vivió a la altura de las exigencias éticas de la antigua alianza. Llegó el momento en que los acontecimientos históricos le dieron a entender al pueblo que la alianza se había roto, Israel no había cumplido su parte. Pero enseguida, los profetas Jeremías y Ezequiel prometieron una alianza nueva, en la que Dios transformaría el corazón endurecido en corazón obediente y dócil. Sería una alianza fundada en el perdón y en la capacidad para obedecer a Dios (Jr 31,31-34). "Los rociaré con agua pura y los purificaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que vivan según mis mandamientos" (Ez 36, 25-27).

Jesús al instituir la eucaristía declaró que su sangre constituía y sellaba esa nueva alianza (Mc 14, 24; Lc 22, 20). Al despedirse de sus discípulos les prometió enviar de parte del Padre al Espíritu Consolador, que es Espíritu de Santidad (Jn 14, 26). Efectivamente, el fruto inmediato de la resurrección de Jesús, es la efusión del Espíritu Santo para el perdón de los pecados. Según el evangelista san Juan, la tarde de la resurrección, Jesús resucitado se apareció a sus discípulos y sopló sobre ellos el Espíritu de Dios para el perdón de los pecados (Jn 20,22). Entre los escritores del Nuevo Testamento, quien más profundamente ha reflexionado sobre esta experiencia de salvación es san Pablo. Dios ha manifestado su amor hacia nosotros derramando su Espíritu en nuestros corazones (Rm 5,5). De esta forma Dios ha puesto en nosotros la capacidad de vivir según su voluntad. "Caminen según el Espíritu y no se dejen arrastrar por los apetitos desordenados" (Gal 5,16). Por esta posibilidad de una vida nueva, el apóstol entona un himno de alabanza al Padre: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo para que fuéramos su pueblo santo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia" (Ef 1,3-4).

23. El Espíritu de Dios en nosotros nos renueva con el perdón y nos permite orar y clamar a Dios, pues nos constituye como hijos suyos. La presencia del Espíritu en nosotros nos permite experimentar a Dios como el Padre con quien tenemos comunión de vida, nosotros que somos por nacimiento criaturas y no seres divinos. La santidad es, efectivamente, la vida de Dios en nosotros. El Espíritu nos hace capaces de compartir la vida de Dios. "Por tanto, hermanos, estamos en deuda, pero no con nuestros apetitos para vivir según ellos. [...] Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios. Pues bien, ustedes no han recibido un Espíritu que los haga esclavos, para caer de nuevo en el temor, sino que han recibido un Espíritu que los hace hijos adoptivos y nos permite clamar: «Abba», es decir, «Padre». Ese mismo Espíritu se une al nuestro para juntos dar testimonio

de que somos hijos de Dios" (Rm 8, 12-17). La condición de hijos de Dios se expresa más claramente en la actitud de amor al prójimo, sobre todo en el amor a los enemigos. "Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen" enseñó Jesús, "así serán hijos de su Padre que está en los cielos" (Mt 5,44-45).

El castigo y el juicio de Dios

24. Antes de concluir esta sección sobre la santidad de Dios, debemos decir una palabra orientadora sobre los castigos y el juicio de Dios, de los que habla la Escritura. Efectivamente, con frecuencia en el Antiguo Testamento y algunas veces en el Nuevo se afirma que Dios envía una calamidad o una enfermedad como castigo por los pecados del pueblo o en algunos casos de personas concretas. Esa forma de hablar procede de la viva conciencia de la santidad de Dios y de la indignidad humana para estar cerca de Él. Los profetas enseñaron a Israel a interpretar las adversidades políticas, las desgracias naturales, las plagas y enfermedades, como llamadas de Dios para su propia conversión (cf. Am 4, 6-11). Israel no podía pretender acercarse al Dios santo mientras permanecía endurecido en su pecado. Las derrotas en las guerras y las conquistas por naciones más poderosas, las calamidades naturales y las enfermedades nos hacen ver qué frágiles son nuestros proyectos, qué vulnerables son los pequeños y los pobres por la maldad y el egoísmo de los poderosos, qué impotente somos los humanos ante las fuerzas de la naturaleza. Los profetas quisieron sacar provecho religioso de estas realidades inevitables de la vida y enseñaron al pueblo a ver en ellas correctivos, por los que Dios invita a la reflexión y a la conversión. Estas cosas no ocurren porque Dios se ensañe en causar el mal y hacer sufrir, porque hemos visto que es misericordioso y bueno. La Escritura más bien nos enseña a que aquellas adversidades inevitables las veamos como una llamada a la conversión, como una pedagogía hacia la santidad. En la medida en que pueden conducir a este bien, la Escritura las ve como la enmienda o castigo que Dios pone a sus hijos para que se corrijan (Hb 12, 5-6; Dt 8,5). En todo caso, debemos empeñarnos en corregir el mal que procede de la injusticia humana, en prevenir el mal físico que podemos remediar, y en ser solidarios en las calamidades que no podemos evitar.

25. Más arriba citamos un texto según el cual Dios castiga los pecados de los padres en los hijos y en los nietos hasta la cuarta generación. Debemos comprender que ha habido una evolución en el pensamiento de la Biblia. La fe israelita como la cristiana está sujeta a crecimiento, a desarrollo y a una progresiva humanización. El pensamiento de que Dios pide cuenta a los hijos de los pecados de sus padres, pertenece a un pensamiento antiguo, que fue superado incluso dentro del Antiguo Testamento, por profetas posteriores. Dios, por medio de Ezequiel dice claramente: "El hijo no cargará con la culpa del padre, ni el padre con la del hijo. El honrado será tratado como tal, mientras que el malvado recibirá su merecido" (Ez 18,20). Por último, cuando a Jesús le preguntan si la ceguera que padece un hombre desde su nacimiento es consecuencia de un pecado suyo o de sus padres, negará rotundamente cualquier vínculo entre la ceguera del hombre y un pecado suyo o de sus padres; la ceguera será simplemente ocasión para que se manifieste la gloria de Dios (Jn 9,3). En la indigencia y pobreza humana se muestra la salvación de Dios.

26. Mucho más serio es el tema de juicio de Dios. Al final de nuestros días hemos de comparecer ante el juicio de Dios (Rm 14, 10). El evangelista san Juan dice que el Padre ha dado al Hijo el poder de juzgar (Jn 5,22-24). San Mateo, por el contrario, nos describe la

magnífica escena del juicio final, cuando el Hijo del hombre viene sobre las nubes para juzgar a las naciones (Mt 25, 31-46). Todas estas figuras y expresiones tienen el propósito de inculcar la seriedad con que debemos tomarnos la santidad de Dios. Dios en su amor nos llama a la comunión de vida con él; pero la santidad de Dios exige que nos preparemos por medio de la conversión moral. Si el Padre ha dado al Hijo el juicio, eso quiere decir que el criterio de nuestra conversión es el evangelio de Jesús, su persona y su palabra. Mientras permanezcamos apegados al pecado, no podremos compartir la santidad de Dios, la cual nos consumirá como el fuego la paja, como la luz la tiniebla. Dios es misericordioso para darnos la oportunidad de la conversión, pero también santo para exigirnos la perseverancia en el bien, si pretendemos compartir su Reino.

El Padre de Jesús es providente y guía la historia humana

La providencia del Padre

27. Jesús habla con gran sencillez de la providencia de Dios, es decir, del cuidado que Dios tiene de cada uno de nosotros. Al prevenir acerca de la persecución que sufrirán sus seguidores, les asegura que "hasta los cabellos de su cabeza están contados" (Mt 10,30). La providencia y el cuidado que Dios tiene de cada uno de los seres humanos no consiste en evitarles cualquier mal o adversidad. Eso no lo hizo Dios ni con su propio Hijo. La providencia de Dios consiste más bien, en que Dios no nos pierde de vista, por pequeños que parezcamos a nuestros propios ojos o a los de nuestro prójimo, contamos ante Dios. Nadie lleva cuenta de cuántos pelos tiene en su cabeza, sobre todo cuando la cabellera es abundante, pues eso es insignificante. Pues bien, para Dios, ninguno es insignificante, y el Padre nos ama personalmente a cada uno y nos conoce, contamos para Él. Por eso, la actitud nuestra ante Dios debe ser la confianza. Es clásico el pasaje en el que Jesús exhorta a la confianza en Dios: "No se inquieten diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? Esas son las cosas por las que se preocupan los paganos. Ya sabe el Padre celestial lo que necesitan" (6, 31-32). Estas frases no promueven la holgazanería ni la negligencia temeraria. Son una invitación más bien a darle a cada cosa su justo valor. La comida, la vivienda, el vestido, la salud, la educación son cosas necesarias para la vida y todo mundo debe tener acceso a ellas. Pero la vida humana no recibe sentido y consistencia, si toda ella se dedica a procurar estas cosas que son necesarias, pero en definitiva son sólo medios para alcanzar el fin de la vida. Por eso indica Jesús: "Busquen primero el reino de Dios y hacer su voluntad, y todo lo demás les vendrá por añadidura" (Mt 6,33). El reino de Dios, éso es lo que da sentido a la historia humana y a la vida de cada uno de los creyentes. Jesús mismo consagró su vida al anuncio de la llegada del reino de Dios y él nos invita a hacer lo mismo.

El reino de Dios

28. El reino de Dios es el tema central del evangelio. A él dedicó Jesús su vida y por él murió en la cruz. El reino de Dios es la esperanza del pueblo de Dios. Con ese concepto, el pueblo de Israel vislumbraba una situación de la humanidad en la que la soberanía de Dios se ejercería de tal modo sobre la humanidad, que el derecho regiría las relaciones humanas, el mal y la injusticia desaparecerían de la comunidad y Dios sería reconocido por todos como la meta y plenitud de sus vidas y de la historia. Jesús anunció que el reino de Dios ya

llegaba y como preparación para recibirlo invitó a la conversión y a la fe en el evangelio (Mc 1,15). La diferencia entre la esperanza de Israel y la propuesta de Jesús es que Israel esperaba que el reino de Dios se impusiera por la fuerza y la violencia contra sus adversarios, mientras que Jesús lo propone como una oportunidad de conversión desde la libertad personal de cada uno. El concepto, sin embargo, expresa una convicción profunda. Dios Padre es en definitiva el origen y la meta de la historia de la humanidad. La historia y el tiempo son de Dios. "Yo soy el Alfa y la Omega -dice el Señor Dios- el que es, el que era y el que está a punto de llegar, el todopoderoso" (Ap 1,8).

El Señor de la historia

29. La convicción de que el tiempo y la historia de la humanidad deben ser vistas y entendidas a la luz del amor y misericordia de Dios es un legado que los cristianos hemos recibido de Israel. En efecto, el pueblo de Israel descubrió a Dios en su propia historia. Narra los relatos de sus antepasados, los patriarcas, Abrahán, Isaac y Jacob, y se asombraba que en situaciones tan adversas como las que les tocó vivir, teniendo que enfrentar tantas contrariedades, ellos hubieran podido mantener la vida de sus familias y sus ganados. Y a través de la fe y la confianza en Dios, estos hombres, sus mujeres y sus familias intuyeron que Dios es la presencia escondida y latente que orienta nuestra existencia hacia la vida. Israel recordaba su esclavitud en Egipto, su liberación portentosa por medio de Moisés, su travesía por el desierto y su toma de posesión de la tierra prometida y en esa secuencia de acontecimientos que lo condujeron a una vida en libertad, a constituirse como nación soberana, para vivir en bienestar, derecho y santidad, vieron el cumplimiento de un designio de Dios. Los que vivieron los acontecimientos sucumbieron muchas veces ante la duda y la desconfianza, pero quienes recordaban después los hechos desde la experiencia de los resultados obtenidos, daban gracias a Dios por haberlos traído a la tierra "que mana leche y miel" (cf. Dt 26, 1-11). Y así, la lucha por el territorio contra los filisteos y los cananeos, la elección de David y la instauración de una monarquía, el esplendor del reinado de Salomón, la construcción del Templo de Jerusalén y la instauración del culto, la decadencia moral y política de sus reyes, las derrotas ante los imperios vecinos, la llamada constante a la conversión por parte de los profetas, el exilio en Babilonia, el retorno jubiloso, y el desengaño de vivir siempre sujetos a un poder extranjero, la esperanza de un mesías que trajera la liberación definitiva, fueron guardados en la memoria histórica del pueblo como huella de la soberanía de Dios. En todos estos acontecimientos Israel vio siempre un sentido profundo, más allá de las explicaciones políticas, económicas y sociológicas de las acciones humanas. El sentido profundo era la soberanía de Dios, que por vías inesperadas e imprevistas conducía a su pueblo y a la humanidad hacia la salvación. San Pablo, en Atenas, lo resumía para los paganos así: Dios "creó de un solo hombre toda la humanidad para que habitara en toda la tierra, fijando a cada pueblo dónde y cuándo tenían que habitar, con el fin de que buscaran a Dios, a ver si, aunque sea a tientas, lo podían encontrar; y es que en realidad no está lejos de cada uno de nosotros, ya que en él vivimos, nos movemos y existimos" (Hc 17, 26-28). Esta convicción de fe nos obliga a penetrar con la mirada más allá de las causas que explican los acontecimientos que jalonan nuestra vida personal, comunitaria y nacional, para descubrir a la luz del reino de Dios, la presencia del Padre que nos guía hacia sí.

El Padre de Jesús es creador del mundo

El mundo como don gratuito de Dios

30. Jesús también nos mostró al Padre como creador del mundo, cuyos beneficios Él da a todas las personas, sin tener en cuenta si son buenos o malos. Para ilustrar la forma en que Dios expresa su amor hacia quienes no le conocen o son malos, Jesús menciona el beneficio del sol de cada día y de la lluvia oportuna para las cosechas. El "Padre del cielo, hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos" (Mt 5,44). El mundo y sus beneficios son un don de Dios para toda la humanidad sin distinción. El Padre puede hacer ese don porque Él es creador de todo cuanto existe. Jesús habla del Padre como aquel que alimenta y cuida de las aves del campo y viste espléndidamente el campo con las flores (cf. Mt 6, 26.30). Al expresarse de esta manera sobre Dios, Jesús es confirma la fe en Dios creador que ya tenía el pueblo de Israel.

31. La mirada de fe del pueblo de Israel no sólo descubrió la acción salvadora de Dios en los acontecimientos de su historia. Comprendió que sólo podía ser Señor de la historia quien fuera también Señor del universo. "Así dice el Señor, tu redentor, el que te formó en el seno materno: Yo soy el Señor que todo lo hice; yo solo desplegué el cielo y nadie me ayudó a extender la tierra" (Is 44,24). Israel supo cantar la bondad de Dios y su gloria en la belleza y la bondad de la creación: "Bendice al Señor, alma mía: ¡Señor, Dios mío, qué grande eres! Vestido de majestad y de esplendor, envuelto en un manto de luz" (Sal 104, 1). Y el poema se desarrolla como una descripción de las maravillas del mundo, en el que todas las cosas tienen su propósito y función: "Hiciste la luna para marcar los tiempos, y el sol que conoce el momento de su ocaso. [...] Sale el sol, las fieras se retiran y se echan en sus guaridas. El hombre entonces se dirige a su tarea, a su trabajo hasta el atardecer" (vv. 19. 23). Y este mismo ser humano, que contempla la enormidad y belleza del mundo, toma conciencia de su pequeñez y exclama: "Al ver el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que cuides de él? (Sal 8, 4-5). Así el mundo comenzó a hablarle de Dios al hombre, que había conocido la acción de Dios en su vida y en su historia, y los humanos reconocieron que la tierra y el entorno en donde vivían no sólo son buenos y hermosos, sino que además se le ofrecen gratuitamente: están allí para él.

32. La idea teológica de "creación" tiene que ver más con la forma como experimentamos el mundo que con la descripción de cómo se formó el mundo. El universo ciertamente comenzó a existir al principio del tiempo, pero ese momento es todavía desconocido aun para los mismos científicos. Cuando hablamos de creación nos referimos a algo más cercano. Creer que Dios creó el mundo es más bien un acto de fe por el cual reconocemos cómo Dios nos ofrece cada día el mundo como lugar para vivir, como medio en el que encontramos lo necesario para satisfacer nuestras necesidades, como ámbito lleno de belleza y bondad que recrea nuestros sentidos y nos llena de alegría. El autor del Segundo Libro de los Macabeos, al escribir la exhortación que pronuncia la madre de los siete hermanos mártires, pone en sus palabras una sentencia profunda: "Dios hizo todo esto de la nada" (2Mac 7,28). Esta afirmación expresa nuestra convicción de que no hay poderes espirituales cuyo auxilio Dios necesite porque Él no sea capaz, ni hay región del mundo que sea inaccesible a Dios o se sustraiga a su poder. Todo es obra de Dios, es decir, todo está

bajo su señorío y en todas partes podemos experimentar su bondad. Ningún lugar del mundo es inalcanzable para Dios. En cualquier lugar del mundo y del universo en que nos encontremos, allí podremos experimentar la bondad de Dios y elevarle nuestra súplica.

Un mundo limitado y finito

33. Dios hizo el mundo y el universo buenos y bellos, pero en proceso hacia su perfección. El mundo no es una realidad estática y acabada, sino que tiende a su plenitud. Incluso a nivel físico el mundo es un proceso que no ha llegado todavía a su conclusión. Por eso, a veces ese mismo mundo nos muestra su aspecto inacabado y temible, cuando el terremoto nos hace sentir la inestabilidad de la tierra, cuando el huracán borra la distinción entre mar y tierra firme, cuando la sequía y las plagas acaban con la fecundidad de la tierra de la que nos alimentamos. Estas calamidades nos hacen percibir al mundo como frágil e inestable y nos permiten imaginar que un día no existió y que su perfección y plenitud vienen sólo de Dios. Por eso decimos que de Dios le viene al mundo su renovación y los humanos somos colaboradores en el cuidado, cultivo y perfeccionamiento del mundo. "Nosotros esperamos, según la promesa de Dios, cielos nuevos y tierra nueva, un mundo en que reinará la justicia" (2Pe 3,13). Mientras avanzamos hacia esa plenitud y vivimos en la fragilidad y caducidad del presente, apreciamos cada amanecer y recibimos con agradecimiento el alimento de cada día y nos empeñamos en trabajar para acercarnos a esa meta a la que Dios ha llamado toda la creación. Aprendemos también a no tomar el mundo como la realidad definitiva sino a poner nuestra seguridad en Dios, de quien recibimos el mundo y quien nos ha puesto en esta tierra para que conozcamos y alabemos al Señor.

Los humanos, imagen de Dios

34. Entre toda la creación, el ser humano ocupa un lugar de privilegio. "Lo hiciste apenas inferior a un dios, coronándolo de gloria y esplendor; le diste poder sobre la obra de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies", sigue cantando el salmista (8,6-7). Efectivamente, los relatos de creación, con los que comienza la Biblia, nos presentan a Dios creando el mundo para dárselo a la humanidad, que aparece en último lugar. Dios delibera la creación de la humanidad: "Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles" (Gn 1,26). Cada uno de nosotros se sabe pensado por Dios. No somos fruto de un accidente fortuito, sino que el Padre Dios nos ha constituido en nuestra identidad personal y nos ha amado y querido antes de que nuestros mismos padres nos conocieran. Nos creó a su imagen, es decir, capaces de entrar en una relación personal con Él, de abrir nuestra vida a su bondad o de cerrarla por el pecado en nuestro propio orgullo y egoísmo. Nos creó a su imagen, es decir, revestidos de una dignidad suprema en la creación y capaces de compartir la misma vida de Dios.

El Padre ha constituido a su Hijo como cabeza de la creación

35. Jesús, un ser humano como nosotros, es también imagen y expresión de Dios de una manera que supera nuestra forma de ser imagen y semejanza de Dios. Su existencia personal fue apropiada por la Palabra de Dios, mientras que nosotros, el resto de los humanos, somos simplemente creaturas de Dios. Jesús a la vez que es humano y creatura

como nosotros, comparte la categoría y la condición de Dios. Por eso en el Nuevo Testamento se considera que Jesús es la meta y la corona de la creación. El proyecto de Dios de crear el universo encontró su razón de ser en la existencia humana del Hijo de Dios. La Carta a los Hebreos dice que Dios nos ha hablado "por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien también hizo el universo" (1,2). San Pablo afirma que "todo lo ha creado Dios por él y para él" (Col 1,16); "por Jesucristo han sido creadas todas las cosas y por él también nosotros existimos" (1Cor 8,6). Todas estas afirmaciones nos permiten comprender que Jesús fue el pensamiento principal de Dios cuando creó al mundo y él es la cabeza y remate de la creación (Ef 1,10), aunque a causa del pecado humano, esta misión haya tenido que pasar por el sacrificio de la cruz (Col 1,19-20). En Jesús se ha manifestado nuestra vocación de ser hijos adoptivos de Dios (Ef 1, 5) y de llamar a Dios Padre.

36. Por eso concluimos esta sección central de esta carta en torno al Padre, elevando a él nuestra alabanza, dándole gloria y pidiéndole que sea santificado su nombre por la justicia y el derecho de nuestras acciones, que venga su reino que sostiene la firmeza de nuestra esperanza, porque estamos dispuestos a cumplir su voluntad en la tierra como los ángeles en el cielo. Así habrá desaparecido el pecado. Le suplicamos que nos dé, con el pan de cada día, los dones de la creación y que seamos solidarios con nuestros hermanos, para que a nadie le falte lo que a otro le sobra. Pedimos perdón por nuestros pecados, sabiendo que nuestra oración nos obliga a perdonar a quienes nos han ofendido. Y ponemos en Él, el Padre bueno, nuestra confianza, de que concluirá en nosotros su obra buena, y no nos dejará caer en la prueba y la tentación, sino que nos librá de todo mal.

III: HIJOS DEL PADRE AL SERVICIO DE SU REINO

Padre nuestro... venga tu Reino (Mt 6,10).

37. El servicio al Reino de Dios nos compromete a seguir la misión de Jesús: hacer posible la vida y la verdad, la paz y la justicia, el amor y la salvación.

La prueba de que el Padre ya vive entre nosotros, es la llegada de su Reino, que se encuentra ya presente entre nosotros, pero sin alcanzar su perfección, a la que llegará al final de los tiempos. En este mundo nos corresponde el privilegio y la responsabilidad de trabajar por un advenimiento cada vez más perfecto. Es una gracia constatar que la realidad cambia porque se hace más presente a Dios en lo que hacemos; es experimentar que su acción desde nuestros corazones hace florecer la vida.

La Iglesia, animada por la fuerza del Espíritu, cree que su principal misión es hacer que se afirme siempre más este proyecto del Reino del Padre. Por esta razón, al celebrar con alegría el presente año 1999 especialmente dedicado a profundizar en la paternidad de Dios, queremos reflexionar, juntamente con las comunidades cristianas, sobre algunas dimensiones de la vida de nuestro pueblo y de la acción pastoral de la Iglesia. Son llamadas de Cristo que hacen posible, en nuestra tierra, traducir con sabiduría y eficacia el proyecto del Padre en compromisos de vida entre nosotros, como tareas de la Iglesia y también de todo hombre y mujer de buena voluntad, que quiera conformar sus obras con la verdad en el servicio a la vida.

Llamada a la reconciliación.

En nombre de Cristo les suplicamos que se dejen reconciliar con Dios (2 Co 5, 19).

38. Abrir nuestro corazón a la buena noticia del Reino de Dios, entraña una conversión, como nos dice Jesús: "El tiempo ha terminado, el reino de Dios se ha acercado. Conviértanse y crean en esta buena noticia" (Mc. 1,15)

La conversión (metanoia) significa un cambio de comportamiento, una dirección diferente de la vida, el inicio del seguimiento de Jesús, y la vuelta decidida a Dios y a los hermanos. Es una nueva vida que sólo la gracia de Dios y nuestra respuesta libre pueden realizar.

La primera conversión que nos acerca al corazón del Padre y nos permite reconocernos como hermanos es la reconciliación: vivir como verdaderos hijos ante un Dios, Padre de todos, tierno y bondadoso, que nos quiere por igual. Este misterio de gracia presenta para nosotros, en una Guatemala en donde la reconciliación es tarea muy urgente, que lanza muchos desafíos, por lo que queremos detenernos en algunos espacios especiales de la reconciliación.

Los espacios de la reconciliación:

El ámbito de la persona:

39. "Este hijo mío estaba muerto y ha revivido" (Lc 15, 24). Con esta expresión de la parábola del "hijo pródigo" o "del padre misericordioso" nos muestra Jesús la profundidad del corazón del Padre; el problema no fue únicamente que el hijo se alejara de la casa, sino del corazón del Padre. Esta conciencia de la dignidad perdida hizo posible el retorno. Cuando el hijo regresa, el Padre lo abraza, lo besa, lo escucha, le hace una fiesta. No lo recrimina. Celebra todo con una gran alegría. La reconciliación significa confrontar nuestra vida con la misericordia de este Padre bueno que dispone todo a nuestro favor, creer que somos perdonados e invitados a vivir en el amor, por su gracia.

La Iglesia ha de ofrecer espacios para propiciar tiempos de reconstrucción interior que las personas necesitan, de modo que el misterio del Padre aparezca transparente en lo profundo de la vida del hombre y la mujer perdonados, lugar donde el Espíritu hace posible clamar al Padre (Rom 8). El sacramento de la reconciliación, así llamado porque al mirarnos ante la misericordia de Dios y obtener su perdón, hace posible la reconciliación con él, con el prójimo y con nosotros mismos, es un momento indispensable dentro de la pastoral eclesial. Esta reconstrucción interior tendrá como reflejo la transparencia de la persona, que se deja transformar por el amor del Padre. El perdón de Dios es un don que Él nos ofrece aún antes de que se lo imploremos. El perdón sana, libera y pacifica, nos abre a los demás y deja a Dios el camino libre en nuestra vida, para hacernos dignos de la vocación a la santidad a la que hemos sido llamados.

El ámbito de la comunidad política:

40. En Guatemala, la reconciliación es una tarea en la que nunca insistiremos lo suficiente; a ella dedicamos parte de nuestra Carta Pastoral *¡Urge la verdadera Paz!*, del año 1995. A ella nos remitimos también ahora.

Es una gracia que el Jubileo del Año 2000 nos convoque nuevamente a un proceso de reconciliación. Estamos ante una realidad, que nos muestra una sociedad muy dividida; una sociedad poco reconciliada y todavía enfrentada. Ciertamente, la formalización de la paz en una firma de Acuerdos históricos es un gran logro, pero aún está muy lejos de ser asumida por todos y con todas sus consecuencias. Pesa sobre nuestras espaldas un pasado de guerra y de sangre.

Este pasado doloroso, que las víctimas de la violencia bien conocen, ha sido descrito y analizado objetivamente tanto por el proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (24 de abril de 1998), como por el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, presentado el 25 de febrero de 1999, en Guatemala.

Ambos llegan a conclusiones muy similares, en cuanto los hechos de violencia, pero sobre todo postulan recomendaciones, que de implementarse debidamente en nuestra sociedad, contribuirán grandemente a superar positivamente un pasado que queremos nunca más se repita entre nosotros.

Estas recomendaciones, que tienen por objetivo fundamental la dignificación de la memoria de las víctimas, deben ser asumidas decididamente por los organismos competentes, con la responsabilidad que un proceso de tan alta significación humana y social exigen.

En todo este esfuerzo hay que hacer posible la divulgación de la verdadera historia del enfrentamiento armado, el resarcimiento colectivo e individual, la posibilidad de exhumaciones y la petición de perdón de parte de quienes fueron responsables de estos execrables hechos de violencia.

Estos informes, por medio de los cuales Dios hace un serio llamado a nuestra conciencia, nos ofrecen una gran oportunidad de reconocer la verdad, que aunque dolorosa, hará posible entre nosotros emprender caminos seguros de verdadera reconciliación, que fortalezcan la paz y la convivencia democrática.

Por tanto, apoyamos esa reconciliación que proclaman los Acuerdos de Paz, y que postula de múltiples maneras la búsqueda de una sociedad de iguales, donde tienen cabida las legítimas diferencias étnicas.

Recordamos que los Acuerdos de paz que impulsan beneficios concretos de desarrollo en el campo social, han de privilegiar las regiones del país o las áreas de exclusión más sangrantes. Son derechos conquistados por el esfuerzo y aún por la sangre de muchos hermanos caídos en aras de la búsqueda de una sociedad distinta.

Para reconciliarnos en nuestra sociedad es necesario y recomendable pedir perdón, pero al gesto y la palabra se tienen que unir los cambios que lo garantizan. En este sentido todos los sectores sociales están convocados a pedir perdón por sus acciones u omisiones. Una sociedad ofensora, que pide perdón, asume el camino correcto de la reconciliación, en cuanto conoce su falta y ofrece garantías de no reincidir en ella. Una sociedad ofendida,

que perdona, asume ese mismo camino al brindar el abrazo fraternal, aunque sienta las heridas del pasado.

El ámbito de los pueblos y comunidades:

41. Hacer que la realidad cambie, dejando que el Padre reine entre nosotros, significa alimentar todo esfuerzo por reconciliarnos en nuestros pueblos. Son muchas las causas antiguas y recientes que nos confrontan y nos dividen. Especialmente la violencia y las políticas inhumanas que la alimentaron han alcanzado a mucha gente de las comunidades, convirtiéndolas en víctimas de las violaciones a los derechos humanos, que todos conocen. Esta situación mantiene la desconfianza y el miedo, e impide que se pueda emprender la tarea común de la reconstrucción de la vida y del tejido social.

Queremos invitar a todos, mujeres y hombres, a que, utilizando la sabiduría de las culturas, promuevan en sus comunidades signos eficaces de reconciliación, que siempre tiende a la vida y la riqueza de la experiencia cristiana.

Queremos también hacer un serio llamado para que nadie, y menos aquellos que se profesan cristianos, o son miembros de la Iglesia católica, se preste a participar en actos reñidos gravemente con la construcción de la paz, y que impidan o retarden la reconciliación, como son los linchamientos. Es éticamente condenable desde todo punto de vista, cualquier acto de violencia contra personas, que encontradas responsables o no de un delito, muchas veces leve, públicamente se las condena y ejecuta, arrojando sobre ellas la agresividad incontenida y la violencia ciega, que humilla los mejores sentimientos de un pueblo.

Estos hechos constituyen un desprecio a la vida, manchan gravemente la dignidad de los pueblos, contradicen las leyes encargadas de hacer justicia. Exhortamos vivamente a las autoridades a actuar prontamente y con competencia, en favor del respeto a la ley según los requerimientos de la justicia y las exigencias de los derechos humanos.

Condenamos especialmente toda actitud de personas inescrupulosas que promueven tales hechos, tan reñidos con el sentido de humanidad y respeto que debe animar nuestra convivencia social.

El ámbito de la familia:

42. La reconciliación debe llegar a cada una de las familias de nuestra sociedad. La familia ha sido víctima en Guatemala de múltiples atropellos; en el campo y la ciudad, las familias fueron gravemente afectados por los horrores de la guerra y la violencia.

Al mismo tiempo, la pobreza sigue golpeando a muchas familias y, cuando se convierte en miseria, hace imposible un hogar digno y estable para los hijos. Todo esto, agravado por el machismo, el alcoholismo, la promiscuidad y la influencia de modelos superficiales de vida, coloca a las familias en permanente situación de riesgo de desintegración. La reconciliación necesita aquí esfuerzos compartidos, por instituciones públicas y privadas, para que el trabajo llegue a todos los hogares, los niños sientan la alegría de crecer y vivir, los jóvenes experimenten la esperanza de su realización, la mujer sea respetada y

promovida en su verdadera calidad de persona y la pareja aprenda a crecer en el diálogo, superando sus dificultades.

Es misión de la Iglesia recrear la familia, fortalecer las relaciones de confianza, apoyar la sencillez de vida que pueda llevar a los hogares la alegría y la paz.

El ámbito de lo religioso:

43. "Cristo es nuestra paz" (Ef 2, 14); sin embargo, con no poca frecuencia la fe o la pertenencia religiosa nos separa y hasta nos divide, fragmentando no solamente la sociedad, sino limitando los esfuerzos por lograr que la fuerza del Evangelio contribuya decisivamente al logro de una sociedad pacificada y reconciliada. Hay que hacer todos los esfuerzos para que el perdón, el diálogo y la tolerancia suplan en todo lo posible aquellas relaciones tan necesarias a la paz en Guatemala. Ciertas formas de manipulación y proselitismo, hieren el respeto que nos merece la realidad sagrada de la conciencia, así como el derecho a la libertad religiosa. Convendría que quienes hemos recibido la gracia del bautismo y tantos otros dones, como el de la Palabra de Dios, compartiéramos proyectos de vida a favor de nuestro pueblo.

Llamada a la solidaridad.

Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era un extraño, y me hospedaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; en la cárcel, y fueron a verme (Mt 25,34-36).

44. El Corazón de Dios Padre es la fuente de la solidaridad y la encarnación es la realización más solidaria de su amor: en ella el Padre se hace presente en la humanidad de Jesús, como hijo, hermano y compañero. En la encarnación Dios se sitúa de nuestro lado, se hace parte de nuestra historia, de nuestra vida, de nuestras angustias y tristezas, y también de nuestro proyecto de vida. En ella se nos enseña el modo de ser solidarios.

"La solidaridad es «compasión» (padecer con), es reconocer y sentir al pobre y al marginado como prójimo; es experimentar que los gozos y los sufrimientos del hermano -a quien muchas veces ni siquiera conocemos-, afectan nuestra propia vida, obligándonos a salir de nuestra comodidad y egoísmo al encuentro del hermano, que es verdadero encuentro con Dios" (*¡Urge la verdadera paz!*, 166).

En Guatemala terminó la guerra, se firmó la paz, pero siguen padeciendo y muriendo los pobres. Ante esta realidad nos sentimos responsables y volvemos a afirmar que la contribución de la Iglesia a la iluminación de los procesos que llevan a la transformación de las estructuras sociales, cae plenamente dentro de su misión evangelizadora, porque es un servicio a la justicia fundada en el bien común. El mensaje de las bienaventuranzas, todo el Evangelio, y especialmente el Padrenuestro que tantas veces repetimos, se oponen radicalmente a restringir el campo de acción de la Iglesia a lo meramente "espiritual", como algunos pretenderían, es desencarnar su misión.

En este sentido, la opción por los pobres constituye fundamentalmente un problema de

fidelidad al Reino y a la voluntad de vida de Dios Padre. La indiferencia ante el pobre es una falta de fe ante el Dios de la vida, porque es un desprecio a quien ha sido hecho a su imagen y semejanza. Es una radical falta de amor.

La Iglesia ha defendido siempre el derecho al desarrollo de todos, principalmente de los empobrecidos y postergados y sigue afirmando que el individualismo, que causó el conflicto armado interno y, entre otras realidades, generó enfrentamientos, odios, divisiones y todo tipo de violencias, sólo puede ser superado con la fuerza de la solidaridad, que consiste ante todo, en la "determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos" (SRS 38). Sólo así podremos superar aquellas estructuras que todavía generan muerte entre nosotros.

45. Contradicen la solidaridad:

- quienes permanecen indiferentes ante la pobreza y marginación de la mayoría de guatemaltecos;
- quienes se preocupan únicamente de su bienestar personal y familiar.
- quienes, involucrados en sistemas económicos de neoliberalismo, persiguen y amasan únicamente la fortuna propia con olvido del pobre y excluido;
- quienes, en pos de ciertos sistemas políticos y económicos, facilitan y promueven la riqueza sólo para grupos selectos con olvido y exclusión de los demás.

Ante la frialdad y egoísmo de la insolidaridad podrían repetirse las proféticas palabras del papa Juan Pablo II, en su memorable mensaje al pueblo de Guatemala el día 7 de marzo de 1983, durante su primera visita a nuestro país: "Se puede hacer morir al hermano poco a poco, día a día, cuando se le priva del acceso a los bienes que Dios ha creado para beneficio de todos, no sólo para provecho de unos pocos. Esa promoción humana es parte integrante de la evangelización y de la fe" (Homilía sobre el fortalecimiento de la fe y promoción social, durante la celebración de la Eucaristía en el Campo de Marte, n. 6)

Si el proyecto del Reino es que el otro tenga vida, y vida en abundancia, como lo quería Jesús, tenemos que empezar por los más afectados, y desde ellos, construir un nuevo proyecto de convivencia nacional. Mons. Gerardi hablaba de una Guatemala distinta; esta palabra "distinta", es hoy para nosotros un reto cuya realización nos ha de ir acercando progresivamente al Reino de Dios.

Llamada a la unidad.

Que sean uno como tu, Padre, estás en mí y yo en ti (Jn 17, 21).

46. Al analizar la realidad social, la experiencia más elemental nos habla de la gran dificultad que entraña la convivencia entre grupos sociales, entre los seres humanos. El

aporte que la Iglesia ofrece a esta tarea, nace de la fuerza del Espíritu del Padre, que une y no puede conducir a la división. El Espíritu Santo, que es el amor entre el Padre y el Hijo, trabaja incesantemente para que aún en medio de las condiciones más adversas, la riqueza de lo diverso no obstaculice la unidad y la comunión.

En Guatemala debemos construir una sociedad democrática, fundada en el respeto a lo plural. La Iglesia se alegra cuando los horizontes de libertad e igualdad se amplían. Cuando se respetan las diferencias étnicas y culturales, crece la participación y se promueve la identidad de los pueblos. Es motivo de gozo ver cómo lo del otro, aún siendo muy diferente en sus expresiones culturales, complementa y purifica lo mío, y juntos constituimos una realidad nueva más plena y humana.

Por ello, todos hemos de promover dentro y fuera de la Iglesia la participación, el diálogo, el respeto, y así buscar cauces efectivos que faciliten la unidad en el reconocimiento de las diferencias. La promoción de la igualdad que asume las diferencias, y con esto el respeto a la identidad cultural propia, siempre legítima y necesaria, es un signo de la madurez de un pueblo y de la integración de una sociedad.

Llamada a la esperanza.

...nos ha hecho renacer para una esperanza viva (1Pe 1, 3).

47. Dios Padre es la herencia infinita de todos; él llevará a plenitud su proyecto de vida y de comunión a favor de sus hijos e hijas; él tiene en sus manos nuestra historia, como nos ha manifestado en la resurrección de su Hijo. Esta convicción nos da esperanza y nos permite asumir el dinamismo transformador de nuestra fe llevando adelante el proyecto de Jesús.

La Iglesia quiere ser una presencia de esperanza, un sacramento que la hace posible también entre dificultades y contradicciones, que no deben disminuir ni el sentido ni la fuerza de nuestro compromiso. El mismo pueblo, que muchas veces se encuentra en situaciones insolubles, nos muestra de múltiples maneras su convicción de que Dios es fiel (1 Cor 15,20) y nos anima a "esperar contra toda esperanza" (Rom 4,18).

A pesar de todo, vivimos hoy un tiempo de esperanza. El caminar, a veces doloroso del pueblo guatemalteco, hacia la democracia y la participación creciente en la sociedad civil, el afianzarse del respeto a los derechos humanos, el fortalecimiento de las organizaciones que los promueven y tutelan, aunque sean pasos pequeños a favor de la paz, son dignos de tenerse en cuenta. Son esfuerzos que nos acercan al Reino de Dios porque promueven la vida y la dignidad.

48. Queremos construir entre todos esta Iglesia que sintonice y permanezca siempre cercana a las auténticas y justas aspiraciones del pueblo a una vida humana digna, una Iglesia que, desde su propia misión, anuncie siempre el evangelio de la vida, que vaya ganando terreno a las estructuras y espacios que siembran la muerte.

Queremos hacer realidad lo que proclamamos bellamente en una de las plegarias eucarísticas:

*Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando* (Plegaria eucarística V/b).

Al mismo tiempo hacemos un llamado a todos los hombres y mujeres que todavía creen en la posibilidad de vivir humana y dignamente en Guatemala, a que mantengan firme su esperanza.

Trabajar por la justicia, el amor maduro, la paz, los derechos humanos, la colaboración entre los pueblos, la defensa de la vida, es tarea noble y bendecida por Dios, quien nos asegura que todo esfuerzo por apresurar la llegada de los cielos nuevos y la nueva tierra, donde "no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido" (Ap 21,4), no es vano.

Conclusión

49. La celebración del gran Jubileo nos concientiza en la verdadera actitud de Dios, que como Padre, sale a nuestro encuentro. Como cristianos hemos de mostrar con signos elocuentes que la encarnación realizó cambios en la historia, y esto merece celebrarse como el mayor signo de vida ofrecido por Dios a la humanidad.

Los retos que nos presenta la realidad son un incentivo para la inteligencia y la capacidad de todo hombre y mujer de buena voluntad, en la implementación creativa de proyectos de vida, que hagan posible el desarrollo equitativo para todos, en especial para los más pobres. Hemos también de animar la solidaridad entre los más necesitados, para que desde sus raíces puedan construir una sociedad nueva fundada en los auténticos valores del Evangelio.

En él nos acompañan muchos mártires. Especialmente sentimos la presencia de Mons. Gerardi quien nos pide amar la verdad, porque sólo la verdad nos libera (Jn 8,32); nos reafirma en la defensa de la vida, sobre todo de los más humildes, de los oprimidos y de los excluidos; y nos anima en el servicio a la paz en Guatemala, para que la cultura de la vida y de la paz se afiance y crezca en cada uno de los rincones de esta tierra.

De esta manera construiremos una Iglesia fiel a la causa de Jesús, que muestra a todos la misericordia de un Dios Padre-Madre, que nunca abandona a su pueblo, y una Iglesia fiel al pueblo y sus justas aspiraciones, abierta a los signos de los tiempos, disponible al trabajo a favor de la justicia y la paz, defensora de la dignidad de los pobres y de las víctimas. Una Iglesia que sea signo y sacramento del Reino de Dios.

50. La Madre de Jesús, la bienaventurada Virgen María, sobre todo en su advocación de Guadalupe, nos ha acompañado desde los inicios de la evangelización, para hacer efectivo el amor a los pequeños, a los excluidos, a los enfermos, e invitarnos a ser siempre testigos

de la bondad de Dios, de su santidad y de su cercanía. Al concluir esta carta, a ella encomendamos nuestro empeño pastoral y con ella oramos por todo el pueblo de Dios a nuestro cuidado y por todos aquellos que buscan sinceramente a Dios. Que Dios Padre nos muestre su rostro, para que nosotros reflejemos en el nuestro su mirada y así podamos también consolar a nuestro prójimo con el consuelo que recibimos de Dios (cf. 2Cor 1, 3-4).

Guatemala de la Asunción, 26 de febrero de 1999

✠ **Víctor Hugo Martínez Contreras**

Arzobispo de Los Altos
Quetzaltenango-Totonicapán
Presidente de la CEG

✠ **Rodolfo Quezada Toruño**

Obispo de Zacapa y Prelado de Esquipulas
Vicepresidente de la CEG

✠ **Luis María Estrada**

Obispo Vicario de Izabal

✠ **Julio Bethancourt Fioravanti**

Obispo de Santa Rosa de Lima

✠ **Julio Cabrera Ovalle**

Obispo de Quiché

✠ **Alvaro Ramazzini Imeri**

Obispo de San Marcos

✠ **Rodolfo Valenzuela Núñez**

Obispo Coadjutor de La Verapaz

✠ **Mario Enrique Rios Montt**

Obispo Auxiliar de Guatemala

✠ **Próspero Penados del Barrio**

Arzobispo de Guatemala

✠ **Gerardo Flores Reyes**

Obispo de La Verapaz

✠ **Jorge Mario Avila del Aguila**

Obispo de Jalapa

✠ **Fernando Gamalero González**

Obispo de Escuintla

✠ **Rodolfo Bobadilla Mata**

Obispo de Huehuetenango

✠ **Oscar Julio Vian Morales**

Obispo Vicario de Petén

✠ **Ramiro Pellecer Samayoa**

Obispo Auxiliar de Guatemala

✠ **Raúl Antonio Martínez Paredes**

Obispo Electo de Sololá-Chimaltenango

✠ **Pablo Vizcaíno Prado**

Obispo de Suchitepéquez-Retalhuleu
Secretario General de la CEG